

Cuba frente a sí misma

¿En pos del socialismo o hacia su negación?

Roberto Cobas Avivar

Resulta recurrente la idea que el Proyecto Socialista Cubano ha tenido siempre sus días contados. Que a pesar de su resistencia su propuesta de organización socioeconómica y de estado se mueve en el espacio de un conteo histórico regresivo. No debiera extrañar que dicho convencimiento viniera desde afuera. Desde personas y círculos políticos que más que creer en las realidades capitalistas en que viven, rechazan que cualquier éxito de la alternativa de desarrollo cubana les venga a derrotar definitivamente no tanto las ideologías, sino las apuestas maximalistas acerca del equívoco histórico de la Revolución cubana, de la herejía *per se* de un proceso social liberador en el cual nunca han podido creer por predisposición de clase o intereses privados y contra el cual han sentido la obligación “política” de militar.

Pero cuando sobre el supuesto de una reversibilidad por causas internas de ese mismo Proyecto se discute en el seno de la propia sociedad cubana - más allá de las voces nihilistas de oficio - el asunto refleja un problema real¹. Es decir, aquello que no sólo suscita preocupación sino que amerita soluciones de fondo. Todo ocultamiento siempre artificioso de la complejidad de la realidad social será una forma de hacer lo contrario.

He escrito acerca de la contradicción entre realidad y expectativas ciudadanas tal como se manifiesta en la vida socioeconómica en Cuba. La idea fuerza de este planteamiento está en el hecho sociológico que las expectativas de avance social y económico se alimentan o se desvanecen desde los estados fácticos de la realidad en cuestión. Pero esencialmente desde la sensación o la real capacidad del sujeto social para transformar o no la realidad objetiva que lo afecta directamente.

La brecha entre la realidad y expectativas de avance socioeconómico puede ser un espacio estimulante para la acción social o un factor de desmovilización individual y colectiva. Las consecuencias negativas más profundas en esta segunda situación son de índole ético-moral e ideológica.

Las expectativas fundadas de bienestar socio-material no pueden alejarse indefinidamente de la realidad por la que se trabaja. No sin el impacto del descreimiento del sujeto social en la certeza del camino que recorre, sus postulados y formas de organización y acción para lograrlos. La complejidad del proceso económico y sociopolítico cubano exige atender con incisiva voluntad crítica la consistencia del tejido social. Para esto es imprescindible entender que el modo de producción posee como primer objetivo la satisfacción de las necesidades crecientes materiales y sociales de su sujeto, es decir, de los propios creadores del producto.

Si el camino y los modos de hacer hasta ahora utilizados no acaban de resolver los estados de carencia crónica de la vida material de la sociedad, no se puede dar por sentado el presupuesto de cohesión social alrededor del “modelo” de desarrollo que se sigue. Si los años de duro trabajo no dibujan con claridad perceptible el horizonte de las expectativas alcanzables, es decir, apresables en tiempos definibles, no se puede asumir el convencimiento político que trate de hacer creer en la virtud moral de un sacrificio colectivo indeterminado como premio al esfuerzo del trabajo. Tal actitud de la sociedad podría considerarse racional y posible ante la certeza definitiva de total ausencia de otros caminos también alternativos.

El tiempo histórico recorrido por el proceso revolucionario cubano sitúa su Proyecto Sociopolítico en una fase especialmente álgida. Pese a ello puede asegurarse que la edad contrastada de los cambios políticos, económicos y sociales habla de una transformación cultural *sui generis*. En términos sociológicos, pautada por el logro de una universalización sin precedentes para un país

del tercer mundo del acceso a servicios de elevado estándar en la educación y la salud públicas, un factor esencial de dignidad humana. En el plano económico la cualidad trascendental ha sido implantar y mantener un patrón de acumulación socializada de capital y distribución de la renta antitético al determinado por la propiedad privada, basado en la propiedad estatal de los medios y recursos productivos. Desde el distintivo político, todo ello ha sido promovido por un sistema que rompe con el tradicional modelo multipartidista de las llamadas democracias representativas burguesas. Bajo la forma del *unipartidismo* político lo que se ha impulsado ha sido un sistema de democracia popular que transita hacia una modelación participativa. Tales movimientos fundamentan la reafirmación de un cambio estructural que ha negado la formación capitalista predecesora para establecer así las condiciones básicas hacia una formación socioeconómica y cultural de nuevo tipo. Un proceso de transformación, cuya razón se identifica como la *construcción del socialismo*.

Asumida la perspectiva del momento actual del proceso de transformación sistémica adelantado, el factor de inflexión clave para la consolidación de la trayectoria de desarrollo alternativo radica en el logro de una alta eficiencia del modo de producción y relaciones socioeconómicas. Sin embargo, después de casi medio siglo de su desenvolvimiento lo que se constata es la cronicidad de un bajo nivel de eficiencia del mismo, tal que ha sumido el desempeño económico en el círculo vicioso de la *economía de la carencia*. La sustentación del avance social se logra a costa de la expansión económica y no como resultado de ello. Sin que resulte tampoco determinante la imprescindible retroalimentación entre ambos factores del desarrollo.

La principal consecuencia de este hecho está en la sostenida precariedad de la calidad de vida de la población cubana. Lo cual expone claramente que el avance social adquirido por el desenvolvimiento apuntado de los sistemas de educación y salud no resulta un factor suficiente para la consolidación de la trayectoria de desarrollo emprendida. Si el crecimiento económico de los últimos 10 años, una vez remontada la pronunciada caída de 1991/93, ha mantenido un ritmo alentador, su impulso no ha incidido en la renovación estructural del modo de producción. Las potencialidades de las fuerzas productivas permanecen severamente restringidas por el corsé de un sistema de organización de la economía y las relaciones de producción anclado en los conceptos de la centralización extensiva tanto del movimiento micro-económico como de los procesos de acumulación de capital y del desenvolvimiento social.

El impacto social y político negativo en la sociedad cubana de tal orden de cosas ya no puede ser subestimado. De ahí que las necesidades de las afirmaciones del *proyecto político* exijan una retroalimentación veraz entre realidad y expectativas ciudadanas.

Contrariamente al pensamiento que promulga la necesidad de reformas económicas coyunturales, la superación de las barreras del desarrollo exige un abordaje eminentemente sistémico. Sin embargo, la naturaleza de la renovación necesaria no puede verse fuera de un proceso conciente de cambio de la cultura de la participación popular. Hablo de la *participación decisoria directa* como afirmación de todo poder realmente popular en la conducción de los procesos productivos, distributivos y de organización de la vida social. Para ello los canales para las manifestaciones de las contradicciones sociales, económicas y políticas que genera el modo de producción y relaciones socioeconómicas han de ser considerados, ante todo, instrumentos de evaluación y control social. No cumplirá su cometido el poder popular establecido sin espacios ciudadanos y plataformas de comunicación independientes, tanto de dicho poder popular como de los poderes político y estatal que al mismo han de estar subordinados. El sentido de la independencia al que me refiero radica en el compromiso con la viabilidad del proceso de transformación dialéctica de la realidad. Es decir, con la riqueza de pensamiento y acción que emana de la real pluralidad de ideas acerca de la participación y las definiciones sobre el rumbo del *proceso socialista*.

Ese auto-control social no podrá ser real mientras la propia sociedad no asuma de manera autónoma las riendas de dicho *proceso*. Ello implica en primera instancia la autogestión de todo el proceso de producción por el pueblo. La autogestión, en consecuencia, de la distribución de la renta. La autogestión del proceso de producción y la conformación sobre dicha base de un nuevo modelo de relaciones socioeconómicas se ubica como la única forma de anular el carácter

antagónico o desmovilizador de las contradicciones entre la realidad y las expectativas ciudadanas. Es decir, el factor clave que atenta contra la cohesión social alrededor del proyecto político. A la luz de esta objetividad puede verse con mayor claridad que el problema de la reversibilidad del *proceso socialista* estará presente más como reacción sociológica que como opción ideológica.

La sostenida obstrucción del proceso de renovación del modo de producción y sus relaciones socioeconómicas viene conduciendo al deterioro límite de las expectativas de avance económico en la sociedad cubana. Estas circunstancias desencadenan la búsqueda de las salidas puntuales díscolas que a su situación la sociedad ya generaliza. El desborde que el comportamiento social hace del sistema de economía y distribución actual constituye un inobjetable cuestionamiento de los presupuestos del modo de producción y de relaciones socioeconómicas, contradictorios con las potencialidades del actual momento cualitativo del proceso social interno, de las fuerzas vivas que lo mueven y de las redefiniciones geoestratégicas en curso.

En tales circunstancias la voluntad popular toma una connotación de especial atención. No por discutible que pueda resultar el planteamiento para el convencimiento político contrario, deja de ser legítimo que a la sociedad cubana le asista el derecho a la libre opción entre la realidad y las expectativas que le ofrece el modo de producción y de organización socioeconómica en la que se enfrasca, o aquella otra realidad y expectativas que pueda procurar bajo la perspectiva de un *capitalismo social* que pudiera promover la salida de la economía de la carencia y supliera el cúmulo de necesidades materiales primarias que sobrellevan unas tres generaciones; persiguiendo con ello superar el pronunciado atraso de la cultura material y, además, sentar una nítida correlación entre realidad y expectativas de bienestar socioeconómico.

No se hará esperar la primera reacción ante el planteamiento anterior. ¿De qué *capitalismo social* se puede hablar sin caer en demagogia política? Más allá de toda reacción ideologizada, en el normal y el sesgado significado de ello; en aras de definiciones conscientes a partir de sus propios problemas, a la sociedad cubana le importa debatir sobre la naturaleza del otro cuadro de contradicciones al que se enfrentaría. Más del 50% de los habitantes del país nació después de 1959. Y aunque el comportamiento demográfico posee una alarmante tendencia al prematuro envejecimiento de la población, la mayoría joven no ha experimentado vivencia directa alguna con las realidades capitalistas. El dilema entre “el lucro o las personas”² le es esencialmente ajeno.

El examen acucioso de las realidades capitalistas de mayor avance industrial y social - visto desde el nivel de acumulación de capital actual - habla de la capacidad del modo de producción y relaciones socioeconómicas capitalistas para perfeccionar su propuesta de estado y sistema socioeconómico, de manera tal que la correlación de fuerzas sociopolíticas pro y antisistema no permita la decidida negación estructural del mismo. Los focos contestatarios en estas sociedades desde vagas hasta posiciones más radicales vienen a reflejar las contradicciones internas y externas del *real capitalismo* en el marco controlado que la ideología reformista del estado burgués no sólo concibe sino que además propicia.

Si las sociedades europeas constatan un nivel de bienestar socio-material que dista mucho de aquel en que se sumían en la posguerra (II GM del s. XX), y si no sólo constatan esa diferencia a favor del estado de desarrollo actual, sino que siguen cifrando determinadas esperanzas en las expectativas de avance, no se podrá negar con razonamientos políticos inexpugnables lo que la realidad sociológica expresa. Esto exige un debate crítico que se esfuerce en poner de relieve las aristas de un modo de organización sociopolítica que por definición ideológica no ha de ser negado a ultranza, sino visto como la opción que se supone la sociedad tiene el derecho a aceptar o rechazar.

Del espectro capitalista, tómesese el estado desarrollista tardío español, más de quinientos años después del inicio de la contienda colonizadora sobre la que tejió su “acumulación originaria de capital”³, de la que Cuba fue sustento forzado y remanente cultural subdesarrollado a las puertas del s. XX.

Al término del régimen franquista la sociedad española dio de frente contra los dilemas de la transición hacia un orden de cosas que no sólo restañara las heridas del cruento antagonismo civil del que emergía, sino que saltara por encima del preciado tiempo (generacional) de desarrollo socioeconómico y cultural perdido. La correlación de fuerzas económicas y políticas existente definió el rumbo y los caminos de la transformación. Desde las expectativas de la izquierda ideológica lo que se afianzó fue la negación del desarrollo cultural de un modo de organización socioeconómica justo y libertario. Desde el pragmatismo - táctico (¿oportunista?) y estratégico (ideológico!) - de la derecha lo que se impuso fue la opción para el desarrollo de las fuerzas productivas y el avance socio-material de la sociedad, aun cuando en el ideario de la izquierda el progreso social constituyera un elemento inalienable. Y aunque bajo esta “concertación política” se ha transitado la senda del posterior desarrollo socioeconómico, las suposiciones de un legítimo idealismo en los primeros como de un calculado cinismo en los segundos devienen elementos determinantes en el debate político hacia el interior de la sociedad hasta hoy.

Al cabo de 15 años la trayectoria de desarrollo asumida situaba a los ciudadanos españoles en otra perspectiva histórica. Con la entrada a la UE de por medio y el aprovechamiento de los fondos estructurales para el desarrollo obtenidos de la misma (una oleada de no menos de 15 mil millones de dólares en algo menos de tiempo), el avance del bienestar socio-material alcanzado sentó la impresión en la sociedad de un salto en la calidad de vida como el de la oscuridad a la luz del día.

Pasados treinta años, y a pesar de las claras grietas estructurales del modelo de desarrollo y ciudadanía asumido - en consonancia con el afianzamiento de un patrón de acumulación de capital que favorece la concentración del poder económico corporativista privado -, puede decirse que en la percepción ciudadana las expectativas de bienestar socio-material no se debilitan lo suficiente como para que en la sociedad se plantee un consenso por la ruptura. Un fenómeno que se da gracias y a pesar de que la base del bienestar se construye al costo del sobreendeudamiento de los individuos y las familias, el cual hoy se estima alcanza un 110% de la renta bruta de los mismos. Esto se traduce en el comprometimiento de no menos de un 40% de los ingresos familiares por conceptos de créditos financieros a mediano, largo y muy largo plazo. Aunque contrariamente a lo que persiguen el individuo y las familias el endeudamiento les reduzca drásticamente los espacios de libertad ciudadana, ello no ha evitado que la disposición ante el mismo mantenga la tendencia alcista. No por estudiado y demostrado que esté, resulta perceptible para la mayoría que la incapacidad de ahorro individual y familiar no es un hecho casuístico dentro del modo de relaciones socioeconómicas capitalistas, sino una forma práctica de mantener la fuerza de trabajo asalariada en una estrecha dependencia socio-política de los dueños del capital y del poder político del estado.

¿Cuál es el reflejo de esta contrastada situación en el consciente colectivo? La sociedad española divide sus adherencias políticas - es decir, aquellas que respaldan una u otra propuesta política de organización y desarrollo socioeconómico - prácticamente de forma simétrica en torno a dos fuerzas políticas que se auto identifican como de izquierda y derecha. La reacción inmediata a esta aseveración será que es preciso distinguir que en realidad ambas fuerzas si bien se diferencian algo en sus discursos ideológicos poco lo hacen en sus actos políticos programáticos. La distinción es plenamente válida por cuanto ninguna de estas dos fuerzas que comparten el poder político es en esencia antisistema. Pero ello habla sobre algo más que la poca diferencia entre los presupuestos ideológicos progresistas y retrógrados que puedan existir entre las fuerzas políticas que conforman y, por lo tanto, se alternan en el poder del estado burgués.

En efecto, el que la realidad esté condicionada por hechos políticos no autoriza a desconocer que, más allá de los razonamientos ideológicos se desplazan en última instancia las regularidades sociológicas. La casi simetría de las adherencias políticas dentro de la sociedad española se produce - al margen del pronunciado grado de indiferencia ante el ejercicio del sufragio, es decir, la indiferencia ante el distintivo insigne de la democracia representativa que se cultiva - dentro de estados de bienestar o malestar socioeconómico específicos. Concretamente en una situación donde hoy el 57% de los trabajadores gana 12 mil o menos euros bruto al año, el 30% entre 12 mil y 30 mil, el 10% más de 30 mil.

¿A cuál lectura de lo anterior entre las posibles creo debe prestársele detenida atención? La abrumadora mayoría de la sociedad trabajadora (trabajo del que depende el bienestar de las familias correspondientes) se desenvuelve o en el umbral de la subsistencia - estando un 20% por debajo del nivel de pobreza, es decir, una cifra de habitantes equivalente a poco menos que la total población de Cuba - o en niveles modestos de vida⁴. O sea decir, que a juzgar por este frío hecho cabría esperar una disposición contestataria antisistema a nivel social realmente visible. ¿Estará la explicación en las expectativas de los más desfavorecidos de avanzar hacia el grupo de renta que los situaría en el imaginario de bienestar social que le atribuyen al grupo salarial del 30% situado entre 12 mil y 30 mil euros al año? Una perspectiva de avance percibida por el sentido común como supuestamente real dado que ya la alcanza una cantidad no despreciable de trabajadores, aunque en realidad sólo sea un número algo superior al que se mantiene en la pobreza. ¿Tendrá que ver en ello la reacción del instinto de conservación social amenazado por el peligro del desplazamiento de signo contrario, hacia los estratos de renta inferior, con todo lo que ello significa, reconózcase o no, en una sociedad clasista?

El hecho que la riqueza producida por la sociedad se esté concentrando visiblemente en las manos del 10% de la población tampoco se relaciona, en ningún caso de manera efectiva a nivel político, como una patología social en la distribución de la riqueza producida. Aún cuando a pesar del patrón del estatus social aupado, el contraste sea que no menos del 40% de las familias no pueden permitirse vacaciones fuera de sus lugares de morada⁵. O que la necesidad vital que constituye la vivienda se alce como una de las fuentes primera de acumulación y concentración de la riqueza privada; mientras vastos grupos sociales se hacinan o se hipotecan de por vida⁶. O que el 30% de la personas en edad de jubilación subsista en la pobreza cuando el crecimiento económico del país y el enriquecimiento de no pocos se proclama como medida del éxito del modelo de desarrollo. Frente a una realidad establecida como natural en el consciente social por el sistema de valores cultivado, lo que se observa es la necesidad sico-social inducida o auto asumida (dos manifestaciones de una misma causa) de una necesidad de autoafirmación en la apreciación de calidad de vida decorosa que el 70% de la población probablemente posee sobre su estatus. Paradójicamente en el consciente político tampoco se relaciona con las insuficiencias de ese estatus la notoria concentración de la renta de capital, cuya progresión y carácter excluyente determina los límites de la libertad socioeconómica de la *masa* asalariada.

Téngase una idea de los niveles de concentración del capital financiero al observarse que un solo banco privado, el Santander Banco Hispano, dispone de fondos por valor de aprox. 963 mil millones de euros, cifra superior al conjunto del PIB del propio estado español⁷. El costo social de la jugosa concentración de capital financiero e industrial es evidente. Baste advertir que al mismo tiempo la participación del salario en la riqueza nacional producida (PIB) ha disminuido desde un 49% hasta un 48%. Una disminución en la renta de los asalariados que de muchas formas se transfiere a las arcas de los propietarios del capital - unos 16 mil millones de euros; aprox. el equivalente en valor por el cual hoy la transnacional *española* Iberdrola del sector de la energía se permite la compra de la compañía escocesa Scottish Power, es decir, el acceso a una aún mayor fuente de succión de capital social⁸. Ante toda esta realidad puede resultar contraproducente el estado de satisfacción (real o aparente) hacia el seno de la sociedad española, máxime si se conoce que al nivel de los salarios referido se suma el hecho que un 8% de la población permanece desempleada y no menos del 30% de los contratos laborales son considerados precarios - aprox. 70% entre la población joven.

En circunstancias como las expuestas las redes públicas de asistencia social vienen a amortiguar las carencias que el grado de solvencia económica no logra evitarle al ciudadano - "*como sujeto merecedor de seguridad social y de legislaciones y subsidios que equilibren la transferencia de plusvalor a manos del empresariado*". El llamado estado capitalista de bienestar social resulta en esencia, por razón de la negación de la democracia económica, un estado caritativo. Lo cual no alcanza para esconder los estados de inconformidad que proporcionan los grados de menor o mayor frustración individualizada ante la realidad que se experimente como ante las expectativas que se alimenten. Tampoco parece ser objeto de interés prioritario para el estado burgués la posible correlación entre tales estados de inconformidad y frustración existencial y el hecho que España se haya convertido en el país de mayor consumo de drogas en el espacio de la UE; que

constituya, junto a GB, uno de los mayores mercados de estupefacientes de todo tipo, con la peculiar diferencia de sus sensibles bajos precios en comparación con los de todo su entorno. ¿Tendrá que ver ello con la realidad política de un Estado absorto en sí mismo ante el extendido fenómeno de corrupción financiero-político-administrativa que viene infiltrando sus propios fundamentos?

A pesar que el sistema de obnubilación mercantil-consumista se haya encargado de inducir en las personas el imaginario de “ciudadanos posmodernos”, resignados o satisfechos asalariados de los propietarios del capital productivo y financiero, no estamos todavía ante una realidad socioeconómica determinada por concentraciones de renta, depauperación social y extorsión descarnada del trabajo como las de Argentina, Brasil, Colombia o México, por citar, amén de las mayores economías de América Latina, ejemplos explícitos que nos acerquen al entorno geopolítico y económico de Cuba. De hecho los sustantivos flujos migratorios de hoy se producen en sentido inverso, desde aquella geografía económica hacia España, con todo, el país de menor desarrollo junto a Grecia y Portugal de la UE de los 15.

El “estado de derecho” capitalista hace uso de su derecho a la defensa. En función de su reproducción se mueven las proposiciones políticas, mediáticas y fetichistas sobre la propiedad privada, el consumo y la libertad que ponen en “natural” sintonía los estados de conciencia social de la *masa crítica* y los patrones del comportamiento políticamente correcto. Dentro del “modernismo pos-industrial” de la realidad capitalista actual ha quedado obsoleto el populismo barato como medio para alcanzar los fines. *“No es lo mismo una mentira que un reflejo condicionado. La mentira afecta al conocimiento. El reflejo condicionado afecta a la capacidad de pensar”*¹⁰

Llegado este momento, ha de advertirse sobre la inconsistencia sociológica de la creencia en que una modelación de desarrollo socioeconómico alternativa al capitalismo puede situarse de por sí como una opción aceptable para toda la esfera del trabajo. No será así mientras no exista un referente de éxito que cuestione definitivamente el oportunista *fatum* ideológico que exalta la democracia burguesa (que no sólo democracia representativa), excepto todos los demás, como el peor de los sistemas sociopolíticos.

Ofrecidos los elementos de análisis anteriores, que no han pretendido agotar la complejidad del planteamiento que persigo sino incitar el pensamiento crítico, interesa establecer un cuestionamiento sociológico de importancia, según creo, sobre la viabilidad del proyecto de desarrollo alternativo de Cuba.

La alternativa de desarrollo socioeconómico planteada por el Proyecto Socialista cubano tiene sentido sí y sólo si es capaz de establecer una opción que emule y haga incuestionable su capacidad de superación de las propuestas de desarrollo socio-humano que encarnan las modelaciones del sistema capitalista referente, la única otra realidad social objetiva a disposición. La imposibilidad de consolidar una trayectoria de desarrollo alternativo viable deja abierto y legítima el camino de su negación.

La reacción ante esa afirmación podrá ser la insistencia en que el pueblo cubano realmente ya hizo una elección histórica, que optó por la vía socialista de desarrollo que construye.

Lejos de pretender zanjado el tema, al aceptar como válida la respuesta anterior pronto nos vemos en la necesidad de asumir sus muchas implicaciones. Precisamente aquellas que se supone deberían condicionar los convencimientos de la sociedad. Yendo de lo aparentemente simple hacia lo perceptible como más complejo, la opción por la vía de desarrollo socialista no implica que el pueblo cubano haya optado por un progreso social que no vaya de la mano con el avance de su cultura material, estados disociados en su realidad hasta hoy por la situación de permanente carencia material. No significa que haya optado por la ausencia de democracia económica, que es decir, por la negación de la auto-gestión social en los procesos de producción y distribución de la renta. Que la mediatización de la soberanía ciudadana de ello resultante se llegue a asumir como un mal menor ante las agresiones económicas y políticas y la amenaza belicista externa de que es

objeto el país. Que, por lo tanto, haya optado por una contradicción insalvable entre realidad y expectativas de bienestar integral. Y todo ello obliga a orientar el debate sobre la reversibilidad del proyecto socialista hacia las definiciones de fondo en juego.

He tratado de explicar en otras publicaciones que, en antítesis al capitalismo, al socialismo le han de ser naturales los atributos de la *democracia económica* y la *soberanía ciudadana*. Y que sin la actuación de ambos corolarios no es posible hablar de democracia política. De la organicidad práctica de tales postulados depende la viabilidad del proyecto alternativo de desarrollo por el que ha optado la sociedad cubana. Asumir una trayectoria de viabilidad es una condición necesaria. El impacto real de lo viable en la elevación y sustentabilidad de la calidad social y material de vida será el distintivo determinante de la cohesión alrededor de la opción. Es decir, aquel escenario tangible generacionalmente que supere con creces la realidad y alimente de manera objetiva las expectativas de progreso cultural integral. Este planteamiento del problema obedece a dos razones: 1) que sin la renovación del pensamiento social, económico y político no se podrá dar un salto cualitativo en pos del desarrollo integral, 2) que no aspirar a ese salto significa aceptar la mediatización que el modo actual de producción y relaciones socioeconómicas llevan tanto a la realidad como a las expectativas.

En consecuencia, es legítimo que ante una sostenida imposibilidad de las dos razones expuestas la sociedad cubana se cuestione sobre los rumbos del socialismo en Cuba. Y que dentro de esa legitimidad la gente de pueblo se llegue a plantear como asumibles las incertidumbres de una forma de *capitalismo social* que, como he referido, posibilite la superación del estado de carencia permanente y atraso de la cultura material que se asocia con el modo de producción y relaciones socioeconómicas practicado y garantizase, al mismo tiempo, los logros sociales que el estado asumido como socialista llega a alcanzar.

Desde esa lógica la sociedad estaría ante la disposición de optar por el sistema de propiedad privada sobre los medios de producción y la institucionalidad que lo hace posible. Es decir, aquel modo de producción que en los países capitalistas más organizados y desarrollados ha permitido remontar la cuesta no sólo del desarrollo de las fuerzas productivas sino alcanzar a las mayorías niveles de cultura material superiores. El pensamiento crítico se cuestionará instintivamente la apreciación de *cultura material* bajo el capitalismo (*pos*)*industrial*. Y todo el criticismo ético, social, económico y político a este respecto podrá ser acertadamente fundamentado. Pero el hecho sociológico podrá exponer la disposición de la sociedad (o de su consenso mayoritario) a aceptar una cuota de desmedro circunstancial de la emancipación socio-humana tal que implique el avance del bienestar económico al que legítimamente se aspira.

La falta de soberanía ciudadana que - a pesar del sentido de solidaridad comunitaria que se cultiva en la sociedad cubana - como fuerza de trabajo asalariada se experimenta dentro del sistema de propiedad estatal de los medios de producción y el movimiento social y económico mediatizado de la sociedad, vendría a ser sustituida por la cuota de falta de libertad que como fuerza de trabajo asalariada se experimenta dentro del sistema de propiedad privada sobre el capital productivo. A cambio se asumirían conforme (o resignadamente) los antagonismos del individualismo competitivo que, detrás del bienestar procurado, empujarían hacia la carrera por la mejor parte de las plusvalías producidas por todos los que trabajan¹.

Tal como hemos ilustrado con el caso de una realidad capitalista como la española (o en el entorno geopolítico de Cuba la publicitada chilena, con su modelo desarrollista generador - según ya le es imposible ocultar incluso al BM - de un 24% de pobreza y una insolvente atrofia estructural de la economía), a sabiendas de los antagonismos sociales insalvables e insondables que se dan hacia el seno de las mismas (como al de todas) la mayoría de la sociedad cubana podría estar dispuesta a asumir la estratificación socio-material (la legitimidad de la división clasista) que generaría el sistema de propiedad privada e incluso la existencia de un núcleo enriquecido, siempre y cuando la diferenciación de la renta, es decir, el expolio no asumiera las magnitudes y consecuencias de exclusión que la caracterizan en los países del capitalismo subdesarrollado periférico latinoamericano que en su generalidad le sirve de referente histórico y geopolítico inmediato.

Sería inconsistente negar la posibilidad de esa trayectoria si al mismo tiempo se defiende que los niveles de educación y salud alcanzados gracias al sistema de acceso universal y de organización social e inversión tecnológica avanzado facultan a la sociedad cubana para plantearse una progresión alternativa exitosa hacia el desarrollo. Puesto que, lógicamente, ello significaría aceptar que otros factores del desarrollo impiden a todas luces esa progresión¹². Dicho de otro modo, ¿podría negarse categóricamente que Cuba pudiera alcanzar un significativo desarrollo de sus fuerzas productivas en el mediano plazo (10-15 años) bajo un modo de producción capitalista adecuadamente regulado por la sociedad y el estado?

Si la respuesta fuese categóricamente negativa, no habríamos hecho más que cuestionar el modo de producción y relaciones socioeconómicas actual que, asumido como socialista, no consigue proyectar sus fuerzas productivas hacia un grado de organización y funcionamiento tal que despeje inequívocamente el camino del desarrollo económico sostenible. Ante la persistencia de tal realidad, la condición de *ciudadanos libres ante el capital y el trabajo* que como modelo cultural ha de presuponer toda idea de lo socialista pudiese ser legítimamente sacrificada por el consenso interno en aras de un otro equilibrio social y de equidad económica.

No cabe duda que esa trayectoria se inscribe en las poco ingenuas visiones y programas menos cavernícolas tanto de lo que hoy se considera *disidencia interna* así como de los intereses económicos y políticos de las fuerzas que desde el exterior cabildean las agresiones contra la Revolución cubana y su Proyecto Socialista. Puesto que ello responde a la ilusión del “socialismo socialdemócrata avanzado” bajo el modo de producción capitalista. Es decir, a una opción que se concibe políticamente vendible a la sociedad cubana ante la obstrucción de la alternativa de desarrollo en la que se enfrasca, dado el acertijo de las contradicciones entre sus niveles de vida socio-educacional y material por una parte, y las sostenidas restricciones a la soberanía ciudadana por otra. En este sentido no son surrealistas ni por tanto subestimables los planes de transición con rimbombantes ayudas tipo *plan Marshall* que se cuecen incesantemente desde los gobiernos de los EEUU (a pesar de todo lo cínico y burlesco de tales “ayudas” desde la Doctrina Monroe hasta el plan de salvación de la Nicaragua post-somocista).

Pero la disputa política usa-americana por desenraizar toda posibilidad de un modelo no-capitalista de desarrollo exitoso en la región y la disputa económica de los círculos ultra reaccionarios del poder cubano-americano se entrelazan para dejar claras las letras pequeñas del pacto sobre el futuro de Cuba. Un pacto, cuya lógica reaccionaria persigue inhibir en la sociedad cubana, su estado y su partido la necesaria profundización de la democracia revolucionaria popular. No debe pasar inadvertido que es en esa lógica en la que se inscribe (una vez más) la inmediata y aparente torpe respuesta de la Casa Blanca al relevante pronunciamiento de Cuba expresado el reciente 2 de diciembre, con el que el Presidente en funciones del Estado cubano ha reiterado a los EEUU la invitación al diálogo que desactive el diferendo político entre ambos estados, respetando el principio de no injerencia y autodeterminación de los pueblos¹³. Fiel al artificio que ve en el ataque la mejor defensa, los voceros de Washington han insistido en lo que también indica ser la razón del fracaso de su “política (anti)cubana” hasta hoy: “*el único diálogo que debe existir es entre el gobierno y el pueblo cubano sobre los cambios democráticos en Cuba*”.

Es indudable que la idea de lo socialista en Cuba se concibe focalizando el ser humano como fin de todo desarrollo y así da muestras de percibirlo la mayoría del pueblo. No puede negarse que ello estimula la fe en la Revolución y continúa siendo un factor importante de la fidelidad mayoritaria a su proceso social. Sin embargo, es ese mismo pueblo el que también percibe el desgaste del modo de producción y relaciones socioeconómicas concomitantes. En consecuencia, su apuesta por despejar el camino del proyecto socialista e impulsarlo por una trayectoria viable será realmente decisiva en la medida que sea cada vez más sujeto directo del proceso de desarrollo. Contra esta condición de la viabilidad estará la persistente centralización del movimiento de la sociedad y la economía, cuya fuerza motriz tropieza con la necesidad constreñida de una otra cualidad de pensamiento, programa y acción, al cabo de cincuenta años de acumulación extensivista de los factores del desarrollo.

Las contradicciones del proceso cubano apuntan a una clave sobre la continuidad histórica de la Revolución y de su Proyecto Socialista. La renovación revolucionaria de los postulados orgánicos de la formación socioeconómica sustentada, primero, por un *debate popular abierto recurrente* acerca de los problemas del socialismo en Cuba y, segundo, por la consecuente voluntad política de catalizar el movimiento horizontal de la sociedad, que haga a la misma sujeto inapelable no sólo de las decisiones sobre las transformaciones necesarias, sino además del logro de una alta dinámica de avance social, económica y ecológicamente sostenible.

Se trata de los programas y acciones que redefinan la cualidad de la creación y aprovechamiento del capital productivo (medios de producción y recursos económico-financieros), el modo de producción y de relaciones socioeconómicas¹⁴. Que asuman el protagonismo de la sociedad en condiciones de plena *democracia económica y soberanía ciudadana*. Que fortalezcan el estado en su papel de garante del progreso social entre iguales, la expansión y los equilibrios económicos. Garante igualmente de la soberanía de la nación y promotor de su sólida inserción en la región y en el ámbito más amplio y complejo de las relaciones económicas y políticas internacionales. Que conviertan la realidad y las expectativas en un par sinérgico, cuya dinámica de interacción dependa directamente de la autogestión ciudadana solidaria, que será decir, de la responsabilidad y las capacidades individuales y colectivas propias.

La cohesión política de la sociedad cubana alrededor de la vía no-capitalista de desarrollo será irreversible en la medida que el paradigma socialista se geste desde el convencimiento popular objetivo que todo poder emana del pueblo y sólo a él le corresponde la legitimidad de su ejercicio. Ni la propiedad privada ni el estado son, por lo tanto, fuentes de poder sobre la sociedad. El fetichismo atávico de la propiedad privada del capital productivo es el fundamento primero y último del sistema capitalista de relaciones socioeconómicas, puesto que de ello depende la acumulación excluyente de capital sobre la que se erige. El monopolio de la propiedad estatal sobre los medios de producción anula el poder popular. El rumbo socialista deberá estar siempre a resguardo de ambas ejecutorias.

Roberto Cobas Avivar
España, noviembre del 2006

¹El conocido discurso del Jefe de Estado en la Universidad de la Habana en noviembre del 2005 vino a abordar desde la tribuna pública el problema planteado a „pie de calle”. Ver: www.cuba.cu/gobierno/discursos

²Noam Chomsky, “*El lucro o las personas. Neoliberalismo y orden global*”; Editora brasilera BB; Brasil; año 2002.

³“La extorsión originaria de capital”, fue la definición que hiciera F.Engels de estos arranques del modo de producción y relaciones socioeconómicas capitalistas.

⁴“*El valor del umbral de la pobreza, expresado según los ingresos totales del hogar, varía según el número de personas que compongan el hogar. Tal y como el señala el Instituto Nacional de Estadística (INE), en el caso de un hogar con un adulto el umbral es de 6.280 euros, pero si un hogar pasa a tener dos, el umbral se sitúa en los 9.420 euros; a no ser que tengan un menor (que no aporta ingresos), en cuyo caso el nivel de ingreso debe alcanzar al menos los 11.300 euros. Y un hogar con dos adultos y dos menores, necesitará un ingreso mínimo de 13.185 euros. Partiendo de estos datos, se puede afirmar que el 20% de la población (en España) está por debajo del umbral de la pobreza*” (el subrayado es mío). Ver: Ana Delicado Palacios, en La República, 7 de noviembre del 2006.

⁵No resultaría ociosa para los cubanos la pregunta acerca de cuál de las *Españas* es la que constituye uno de los emisores de turismo hacia Cuba y a qué costo propio, dadas las circunstancias de una deteriorada capacidad de ahorro de las familias españolas.

⁶“No tendrás una puta casa en tu vida” es el eslogan con que se moviliza la juventud en su desamparada lucha contra un factor preponderante del actual crecimiento de la economía capitalista española: la especulación inmobiliaria. La desorbitada y constante subida de los precios de las viviendas ha venido a contradecir uno de los principios angulares de la economía de mercado: la ley de la oferta y la demanda. El milagro se da gracias al efecto combinado de las políticas del Gobierno español y del Banco Central Europeo, de los movimientos cómplices locales entre la banca, las instituciones financieras y el empresariado del sector, España construye y acumula un fondo de no menos de 800 mil viviendas mientras la demanda se sitúa cerca de las 200 mil unidades familiares.

⁷El propio Estado, que se supone la expresión institucionalidad de la voluntad social, se sitúa en una clara dependencia del capital privado. Para un análisis más detenido sobre el desempeño de la banca, ver: „Record de beneficios de la banca... endeudamiento máximo de las familias”; Joan Arnau, Kaosenlared, http://www.kaosenlared.net/noticia.php?id_noticia=25859

⁸No por caridad divina la transferencia de renta hacia esta transnacional *española* desde América Latina representó en 2006 un 28% de sus ganancias.

⁹La cita es al sociólogo Isaac Enríquez Pérez. Ver su trabajo: “Una era de transición. El proceso de desarrollo, el Estado y las transformaciones de las políticas sociales ante la globalización (II)”, La insignia. México, julio del 2002.

¹⁰Fidel Castro Ruz, “Cien horas con Fidel” de Ignacio Ramonet La Habana, 2006

¹¹La trivialización de una de las categorías más revolucionarias del pensamiento económico universal persigue hacer olvidar que la plusvalía no ha dejado de ser aquella parte del valor del trabajo que no le es remunerada al trabajador y que, invariablemente, es la fuente de la acumulación privada de los que logran hacerse con el capital. Es decir, de los que siempre dependerá qué parte del todo queda para los demás.

¹²La suspensión del bloqueo económico financiero de los EEUU contra Cuba crearía favorables condiciones exógenas para la expansión económica a corto y mediano plazo. Sin embargo, ello no necesariamente se convertiría en un factor estratégico de cambios endógenos renovadores del sistema socioeconómico. En todo caso – salvando las circunstancias políticas entonces mediadoras - no lo constituyó la sostenida ayuda económico-financiera de la ex URSS. Todo lo contrario, resultó un factor que no permitió que afloraran las contradicciones más profundas del modelo socioeconómico hasta la aguda crisis estructural de 1990/93 jalonada por el cese de tales ayudas.

¹³La invitación al diálogo ha sido reiterada por el Presidente en funciones del Estado cubano, Raúl Castro Ruz, el reciente 2 de diciembre del 2006 en ocasión del 50 aniversario del surgimiento de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, encarnadas en el desembarco del yate Granma en las costas cubanas proveniente de México con 82 revolucionarios a bordo liderados por Fidel Castro Ruz.

14

Para un análisis más detenido al respecto ver: “Hacia el socialismo en Cuba: *Ni propiedad Ni excedente*”, Roberto Cobas Avivar; Kaosenlared, www.kaosenlared.net/noticia.php?id_noticia=26474